



**Un
segundo
éxodo
desde
Marruecos
a
Australia**

Primera Edición Digital: diciembre 2025

© De la presente edición:

Acracia Publications
Grupo Cultural de Estudios Sociales de Melbourne

© Del texto: *Vicente Ruiz (hijo)*

Condiciones del *copyright*

Se permite la copia parcial o total, en papel o formato digital, de los contenidos de este libro, siempre que se respete la autoría del texto.

Prohibida la reproducción íntegra o parcial para fines comerciales

Editores y Coordinadores:

Acracia Publications
con la colaboración del
Grupo Cultural de Estudios Sociales de Melbourne

Maquetación:

Vicente Ruiz (hijo)



Un segundo éxodo
desde
Marruecos a Australia

Vicente Ruiz (hijo)

Introducción

Al final de la Guerra Civil Española y durante esos primeros tres meses de 1939, muchas personas lograron evadir el avance fascista en España navegando hacia la costa norte africana. Una menoría logró nuevamente embarcar con dirección hacia las américa. Lamentablemente numerosas de estas personas quedaron atrapadas en la zona del Magreb, sufriendo infinidades de peripecias en campos de concentración establecidos por las autoridades francesas, donde muchos dejaron la piel y la vida.

No fue hasta la liberación del norte de África, y la finalización de la Segunda Guerra Mundial, que muchos nuevamente cogieron rumbo hacia otras localidades, Inglaterra, Francia y diversos territorios del continente sud americano.

Otros, decidieron permanecer y rehacer sus vidas por las tierras norte africanas del Magreb, una gran proporción de ellos eligieron establecerse en Marruecos consiguiendo un “Certificado de Nacionalidad” emitido por la “Oficina Central para Refugiados Españoles” con acuerdo a la Aplicación del Decreto N° 45.766 del 15 de marzo de 1945, teniendo que renovarlo cada tres años. Una vez que se estableció la Oficina Marroquí de Protección de los Refugiados y Apátridas, bajo el control del Ministerio de Asuntos Exteriores del Reinado de Marruecos, todo exiliado tuvo que obtener y renovar cada tres años un Certificado de Refugiado según la Convención del 28 de julio 1951.

Intentando obtener más documentación que reforzara y reflejara su identidad de españoles, muchos eligieron conseguir

Un segundo éxodo

un Certificado de Nacionalidad con el Consulado General de la República Española, en los Estados Unidos Mexicanos.

Y aunque los refugiados simpatizaban con las distintas organizaciones de independencia, -*la descolonización del territorio, los cambios socio económicos y la cooperación política por parte del gobierno Marroquín con las autoridades españolas*-, la mayoría de los exiliados españoles en Marruecos fueron repatriados por las Naciones Unidas a diversos países, Francia, Bélgica, Canadá y Australia.

Las siguientes páginas manifiestan una de esas muchas historias que se podrían contar, las circunstancias de un segundo éxodo y repatriación hacia diferentes localidades del planeta. Para nosotros, fue hacia las tierras de las antípodas Australes en 1965.

Debo agradecer al Profesor José Miguel Santacreu Soler, quien me ha sugerido escribir mis recuerdos de ese largo viaje hace 60 años, distanciándonos de la familia y apreciadas amistades, haciendo el sueño de retornar a las tierras ibéricas más difícil, reflejando la realidad enfrentada por muchos de los “vencidos”...

Vicente Ruiz (hijo)
Noviembre 2025

Es el 26 de Febrero 1961, estamos en la ciudad de Casablanca-Marruecos.

En una zona de tierra que había por delante del inmueble en el cual habitábamos, 44 Route Oulad Ziane, estoy jugando al fútbol con mi acompañante amigo de trastadas y chapuzas, el joven “Libe” Hernández.

Inesperadamente y en el más intenso momento de la partida nuestras madres nos llamaron para subir y meternos dentro de casa. Tanto a Libe como a mí, nos entró por un oído y salió por el otro, nosotros continuamos con lo nuestro. A la media hora las dos volvieron a llamarnos de nuevo, y nosotros con nuestro rollo. Pasaron unos diez minutos y desde la ventana de la cocina de nuestra casa las dos nos dieron un grito,

-*¡Subir ahora mismo!*-

en aquel instante pasaba un señor árabe que hablaba perfecto castellano, y nos dijo,

-*¡Escuchar a vuestras madres, porque las multitudes están cortando los cuellos a todo niño europeo que encuentran por la calle!*-

lo suficiente para asustarnos, y salimos corriendo subiendo las escaleras de dos en dos, cuando fuimos a abrir la puerta de cada casa, estaban cerradas. Cosa que años más tarde me entere que las dos habían acordado.

Ya os podéis imaginar, los dos gritando a toda voz,

-*¡Mamá abre la puerta!*-

las puertas tardaron unos minutos en abrirse, pero para nosotros parecía una eternidad.

La razón por los gritos de parte de nuestras madres y reacción natural, es que escucharon en la radio Tánger que había fallecido el Sultán de Marruecos, Mohamed V, y que hubieron encuentros violentos con Europeos por distintas localidades.

El 3 de marzo de ese mismo año asume el trono Mulay Hassan II, hijo del fallecido sultán. Este nuevo monarca empezó a desarrollar muy buenas relaciones con el régimen fascista de Franco. Iniciando una serie de acuerdos socio políticos y económicos entre los dos países. A continuación las dificultades enfrentadas no solamente por los exiliados españoles pero la de todos los Europeos que residían en el país fueron poco a poco empeorando. En numerosas páginas escritas por mi padre que reflejan sus recuerdos, comenta lo siguiente:¹

“Las cosas se estaban poniendo algo difícil y la estabilidad de vida que colectivamente conocimos durante un periodo de diez años empezó a disiparse.

No solamente la situación política del país pero también la situación económica comenzó a empeorar. Ya no éramos los jóvenes de aquellos años treinta, todos teníamos la responsabilidad de hijos que nacieron en el exilio. Muchos de los compañeros empezaron a quedar parados o los patronos -*los cuales muchos eran marroquines*- se retrasaban en pagarles sus sueldos. Se organizaron denuncias a las autoridades, en muchos casos esto solamente contribuyó a empeorar la situación.”

“Fue a mediado de 1961, que por mediación de las Oficinas de las Naciones Unidas y su representación del Alto Comisario para los Refugiados, empezaron las negociaciones de relocalización para los refugiados Españoles. Nos dieron la facilidad de escoger tres países en orden de preferencia. La mayoría de los compañeros eligieron Francia o Bélgica, estos siendo los primeros en salir. Otros

1. Estos recuerdos de mi padre han sido anteriormente publicados en el libro “Recuerdos, vida y muerte de un libertario desterrado”. *Editorial Acracia Publications 2015*.

Un segundo éxodo

prefirieron Canadá, Suiza o Suecia y un número reducido nombraron Australia. Nosotros elegimos en orden de preferencia México, Suecia y Australia.”

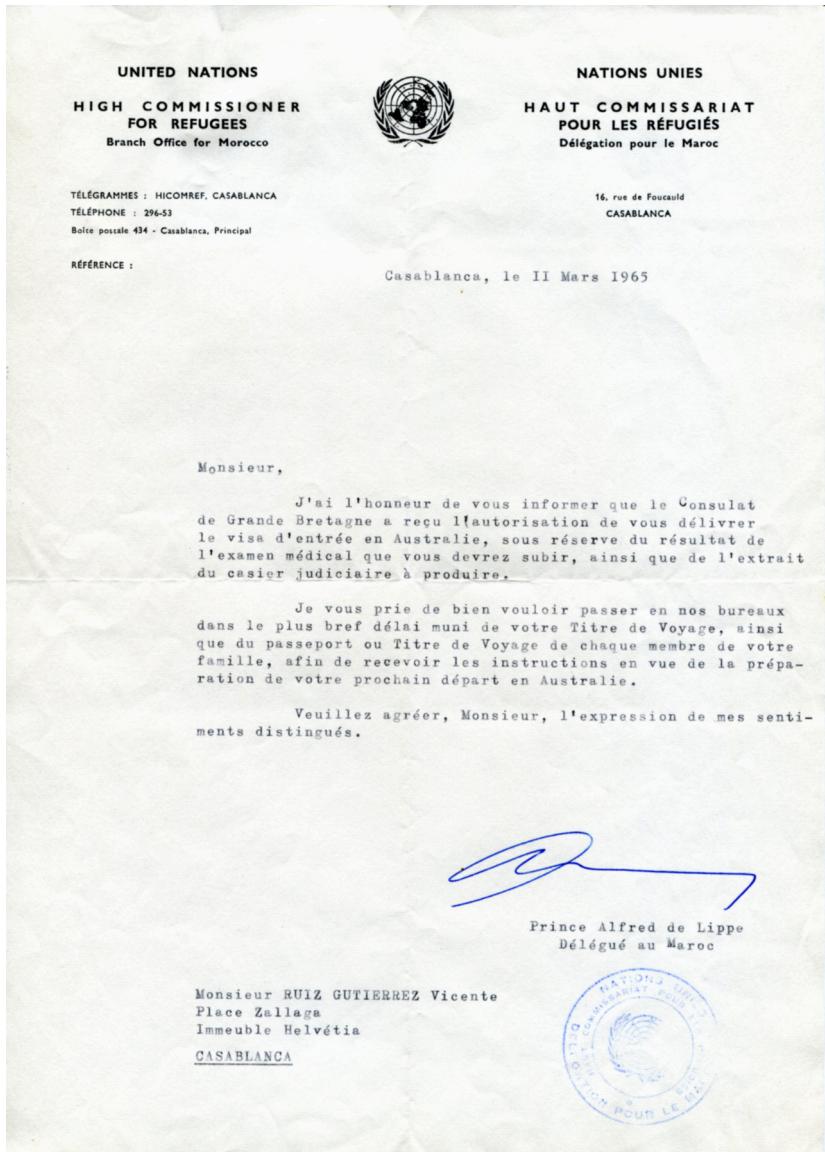
“Era finales de 1962 cuando las oficinas de las Naciones Unidas me informaron que México no podía aceptar más refugiados, indicando que tenía que presentarme a una reexaminación medical y los resultados serían enviados con la aplicación a las autoridades Suecas. A causa de mi historia medical se me negó la entrada en Suecia y en Octubre de 1964 empezamos con los trámites para Australia.”

“Tuve dificultad en renovar mi contrato de trabajo a finales de 1964, solamente con la ayuda de varios compañeros marroquines de la ‘Union Marocaine du Travail’ conseguí mantener mi puesto de trabajo. Numerosas fueron las noches que me pase sin dormir cavilando las inquietudes y preocupaciones de cual sería nuestro futuro si por alguna razón nos fuera negada la entrada en Australia.”

“Me pareció una eternidad, en Marzo de 1965 recibimos la carta informándonos que el Consulado Británico ubicado en Rabat había recibido la autorización de enviarnos el visado de entrada para Australia con la condición de nuevamente presentarme a una entrevista medical.

El 30 de Agosto recibimos la carta ratificando que saldríamos de Casablanca el 11 de Septiembre en el S.S Lyautey.”

Un segundo éxodo



Correspondencia recibida de las Naciones Unidas
confirmando autorización de visado para Australia

Un segundo éxodo

Fue durante esta primera mitad de los años 60 que muchos amigos de mi juventud empezaron a desaparecer de mí vida, cogiendo rumbo hacia distintas localidades, y naturalmente yo no aceptaba o quería comprender las razones.

En numerosas ocasiones íbamos al aeropuerto o al puerto de Casablanca para despedirnos de muchos compañeros y amigos. Para mí, perecía ser un último adiós, muchas caras tristes, otras llorando, un abrazo final.

-¡Salud compañero y buena suerte!, cuantas veces escuche esas palabras.

Hasta que llegó nuestro turno.

No recuerdo la cantidad exacta, pero fueron numerosos grandes baúles repletos de ropa, otros con libros, otros con vajillas y cubiertos, y cuantiosas más maletas de ropa que mis padres empaquetaron. De estas últimas solamente podíamos llevar con nosotros una maleta cada uno para el viaje, recuerdo que una semana antes de emprender el viaje vinieron y se llevaron los baúles y las otras maletas. Todos los muebles y una buena cantidad de ropa se regalaron a compañeros de trabajo de mi padre y a la señora que hacia la limpieza del portal y las escaleras del “Immeuble Helvetia” en la Place Zalaga; esta, siendo nuestra última localidad de residencia en Marruecos. Mi madre hizo buena amistad con esta señora, y si la memoria no me falla se llamaba Fátima.

La tercera expedición de refugiados españoles que partió hacia Australia, organizada por las Naciones Unidas consistía de: mis padres Vicente Ruiz Gutiérrez y Matilde Soler Gómez y el que escribe estos párrafos, con la familia de Juan Beneito Casanova y su compañera Elena Parga Cormz y la hija Mari. Hubo una noche

de despedida en los locales de la “Asociación Cultural Armonía”, tanto Mari Beneito y yo recibimos varios libros como regalos de despedida. Los libros que yo recibí los mantengo en mi biblioteca, “Sans Patrie” y “La vénus de Kompara”.

Es irónico que la primera vez en sus vidas que Juan y mi padre embarcaron fue en marzo 1939, cuando lograron subir en el “Stanbrook” escapando las hordas fascistas, exiliándose en áfrica del norte. La segunda y última vez que embarcaron fue para continuar sus exilio por las antípodas.

Salimos de Casablanca el 11 de Septiembre de 1965, en el barco “Lyautey” de la “Compagnie National de Paquebot”, como anécdota interesante, descubrí muchísimos años más tarde que al final de la Guerra Civil y esos primeros días de *La Retirada* iniciándose el exilio español, este barco fue utilizado como barco-hospital en Port-Vendres-Francia, para cuidar de los republicanos heridos o enfermos que iban cruzando los Pirineos escapando las fuerzas fascistas.²

Aunque hicimos la travesía en “tercera clase”, las dos familias tuvimos nuestros propios pequeñitos camarotes el uno al lado del otro. Recuerdo que Mari y yo nos lo pasamos de maravilla corriendo por los pasillos. Pero 60 años después, permanece en mi memoria parte de la conversación que accidentalmente escuché entre mi padre y Juan:

-“por lo menos nos reuniremos en Australia con compañeros de Armonía”.

2. Véase el artículo de Rubén Mirón González, publicado el 19 de Agosto 2019 en ‘The Conversation’, “El éxodo de los enfermos republicanos en Francia: entre barcos y campos de concentración”.

Un segundo éxodo

Nunca me lo confirmaron, pero sospecho que el alejarse de la “Asociación Cultural Armonía” y de Marruecos les causo algo de tristeza.



Una postal que mis padres compraron del barco “Lyautey”

Al cruzar el Estrecho de Gibraltar los mares estaban bastante bravos y nuestros padres quedaron algo aplacados sin muchas ganas de comer o participar en ninguna de las aventuras de búsqueda y recorridas por el barco, que Mari y yo queríamos iniciar. En el mismo nivel donde se encontraban nuestros camarotes había un comedor, donde íbamos para desayunar, almorzar y cenar. Recuerdo que compartíamos las dos familias la misma mesa, sobre la cual siempre habían varios menú y cada uno de nosotros elegía lo que quería comer. Aun mantengo guardado algunos de dichos menús. Llegamos a Marsella el 13 de Septiembre.

Desembarcamos, y sin ningún retraso fuimos directamente a la estación de ferrocarril de Marsella donde tuvimos que hacer trasbordo con el tren que nos llevaría a la ciudad de Génova en la región de Liguria, Italia. Recuerdo que hicimos el viaje de noche y después de comer unos cuantos bocadillos y algo de fruta me

Un segundo éxodo



Uno de varios menú que guardé
del comedor del "Lyautey"

quedé dormido, mi madre despertándome cuando estábamos a las afueras de la ciudad portuaria en plena claridad del día.

Permanecimos durante cinco días en una pequeña hostelería cerca del puerto. Impulsado por Juan, y como los horarios para desayunar eran a primera hora y todos teníamos que madrugar, aprovechamos todo el tiempo que pudimos durante nuestra estancia en la ciudad Genovesa para poder conocerla. Nuestras aventuras turísticas se concentraron a los alrededores del puerto Genovese ya que todas nuestras exploraciones se hicieron andando, y aquí también empezaron las lecciones históricas que tanto Mari y yo recibimos durante el resto del viaje y que nunca he olvidado. Juan nos explicó que el puerto de Génova fue durante muchos siglos un punto estratégico en Europa con la comercialización marítima, haciéndonos andar hasta el Faro Linterna de Génova, al medio día comimos espagueti en un pequeño restaurante, retornando a nuestra pequeña hostelería para cenar.

Otro día fuimos al casco antiguo de la ciudad, y con la ayuda de uno de los camareros del hotel que nos explicó cómo llegar, visitamos la catedral de San Lorenzo. El interés de Juan era poder ver los frescos en el interior, desde luego eso es una maravilla que retorno a visitar 12 años más tarde. Luego siguiendo algunas de las callejuelas llegamos a la Piazza Raffaele de Ferrari donde encontramos una grandísima fuente.

Nuestro último día de excursiones por la ciudad fue recorrer la Vía Garibaldi para que Mari y yo apreciáramos lo que fue el inicio de la arquitectura urbana en Europa, y a la vez recibir por parte de mi padre y Juan una lección biográfica sobre Giuseppe Garibaldi. Lección biográfica que años más tarde me ayudó a mejor comprender la lectura del libro “Il Gattopardo” de Giuseppe di Lampedusa.

Un segundo éxodo

Embarcamos en el “Sydney” de la Flotta Lauro el 19 de Septiembre. Este barco también tenía su peculiar historia.³ El “Sydney” era completamente diferente al barco que nos llevó a Marsella. Dividido en dos secciones, primera clase y la clase turística donde nosotros viajamos. Aunque confieso que en numerosas ocasiones Mari y yo intentamos colarnos para poder explorar los pasillos y la piscina en primera clase sin ningún éxito.



Postal del barco “Sydney” comprada por mis padres.

-
3. Durante una de las visitas que hice con mi compañera al antiguo campamento para emigrantes “Bonegilla”, -localizado en la frontera entre los estados de Victoria y Nueva Gales del Sur-, ahora convertido en Museo, encontré la siguiente información. El “Sydney” fue construido en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra mundial como carguero con el nombre Croata. En Enero de 1944 prestado a la Real Marina Británica y convertido en porta avión HMS Fencer. Al año fue retorna a la marina estadounidense y puesto en reserva en Jacksonville. En 1950 adquirido por Flotta Lauro, rebautizado con el nombre de Sydney, fue sometido a una profunda remodelación para cumplir con el servicio de transporte de inmigrantes. Su viaje inaugural hacia Australia fue en Septiembre de 1951, cumpliendo su última expedición a este continente en 1966.

El “Sydney” era completamente diferente al barco que nos llevó a Marsella. Dividido en dos secciones, primera clase y la clase turística donde nosotros viajamos. Aunque confieso que en numerosas ocasiones Mari y yo intentamos colarnos para poder explorar los pasillos y la piscina en primera clase sin ningún éxito.

Nuestros camarotes se encontraban en las profundidades del barco, y esta vez estábamos distribuidos en dos camarotes de seis personas cada uno, uno para hombres y otro camarote para mujeres, uno al lado del otro. Empotrado en una de las paredes se encontraban seis pequeños armarios donde podíamos colgar nuestra ropa y guardar nuestras cosas personales, como el cepillo de los dientes, el peine etcétera.⁴ Lo compartimos con dos familias de refugiados Rusos. Una de las familias tenían un niño de unos 5 años, y la otra era una niña que tendría lo máximo unos 3 años.

Recuerdo que en numerosas ocasiones nuestros padres se sentaban con estas dos familias y a través de señales con las manos e intentando de usar palabras en distintos idiomas, pasaban algunas horas conversando. Fue durante una de estas semi tertulias que nos enteramos que eran refugiados, que eran hebreos y que en Rusia le hacían la vida imposible por ser fieles a su fe.

Los pasajeros hacíamos una mini representación de las naciones unidas, andando por los pasillos, en el comedor o mismo en la piscina uno escuchaba infinidads de diferentes idiomas.

4. Todos los días venían a limpiar los camarotes y el cuarto de baño, y creo que era cada dos días que cambiaban las sábanas en las camas este siendo el mismo día que recogían la ropa sucia que tuviésemos y nos la regresaban al fin del día.

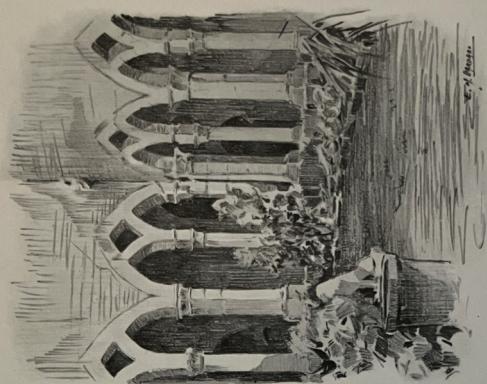
Un segundo éxodo

Gracias a la curiosidad por parte de Juan pudimos conocer que embarcados con nosotros se encontraban personas de Italia, Grecia, Malta, diversas regiones de la antigua Yugoslavia (*Croacia, Eslovenia, Macedonia y Serbia*), Rusia, Holanda y un pequeño grupo de españoles. También nos enteramos que varios de los pasajeros fueron reclamados por sus familias que habían anteriormente emigrados al país, otros decidieron emigrar a la aventura buscando mejora económica, y el resto venían como nosotros bajo el protectorado de las Naciones Unidas.

En la clase turística teníamos dos comedores, uno en la proa y otro en la popa. Para desayunar y cenar siempre íbamos al comedor que se encontraba en la parte trasera del barco, sin embargo para almorzar, dependía por donde nos encontrábamos e íbamos al que estuviese más cerca. Hicimos amistad con muchos de los camareros de nuestro regular comedor, con el resultado que regularmente nos traían a Mari y a mí alguna que otras golosinas. Las dos familias siempre íbamos juntas a los comedores compartiendo una mesa sobre la cual había numerosos menú de donde podía uno elegir lo que deseaba comer. Varios de estos menú también los tengo guardado como recuerdo. (*véase las próximas dos páginas*)

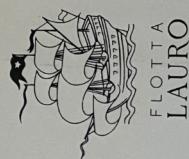
Regularmente, si no todos los días, aparte de cuando hacia mal tiempo, subíamos a la piscina. Fue en esta piscina que Juan me enseñó a nadar. Otras veces Mari y yo nos íbamos al salón de recreo para los jóvenes, mientras que nuestros padres subían a uno de los salones de descanso que tenía muchas butacas, una buena biblioteca y mesas para poder tomarse un café y hablar con los otros pasajeros. Otra actividad que a mí me encantaba, era cuando organizaban el cine al aire libre.

Un segundo éxodo



Sorrento - Chiostro gotico francese di S. Francesco

Piave E. M. Verano



di MARINO CALVI DEI TRIVENETI

Classe Turistica

In. Sydney

L A U R O L I N E S

Colazione

Pescetto cotto
Insalatina olandese
Salame d'ascese

Sgombro salt'olio
Olive verdi

Ristretto di bue caldo in tazza
Crema Dama Bianca

Pastina o riso in brodo
Conchiglia alla bolognese

Filetti di melangio dorati e fritti
Bisteccche di bue ai ferri

Patate rissole
Bietole al tegame

Formaggi : Tigli o Formaggini

Frutta : Mele o Pere

Vino - Caffè

Bambini :

Crema o minestrone
Patate
Sorropo d'arancia

Filetti di pesce al burro
Bietole ol scute

Tourist Class

luncheon

Cooked ham
Green olives

Dutch salad
Danish salami

Hot beef consommé in cup
White Lady cream soup

Pastina or rice in broth
Noodles with Bolonaise sauce

Fillet of whiting golden fried
Grilled beef steak

Rissole potatoeae
Browned silverbeet

Choco : Tisit or Small cheese

Fruit : Apple or Pear

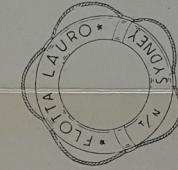
Wine - Caffè

Children :

Cream soup or pastina
Potatoes
Orange cordial

Buttered filets of fish
Browned silverbeet

21 Settembre 1965 - 21 September



16

Anunciaron que empezarían de lunes a viernes clases de inglés para todos los adultos. Las clases duraban 1 hora y media en los comedores después de desayunar. Actividad a la cual nuestros padres se apuntaron.

Nuestra primera escala fue la ciudad de Valleta en Malta. Los seis desembarcamos y recorrimos los alrededores de la ciudad cerca del puerto. Cuando compramos algunas bebidas y pedimos el precio quedamos asombrados porque comprendimos la suma, resulta que las cifras en Maltese se dicen igual que en árabe. Mari y yo quedamos encantados al ver un “karrozzini”, una pequeñita carroza de caballo, pintada con muchos colores y portadora de muchas decoraciones. Varios años más tarde, amigos Malteses, me informaron que era el común transporte público en las ciudades principales del país.

Continuamos nuestro viaje por el Mediterráneo con dirección hacia Puerto Said en Egipto. Nuevamente el barco hizo escala pero no estaba amarrado al muelle. Pusieron unas escaleras por un lado del barco con una plataforma desde la cual los pasajeros montaban barquitas para llegar al puerto. Recuerdo que alrededor de esta plataforma se encontraban una infinidad de pequeñas barquitas, intentando de atraer la atención de los pasajeros con los comestibles o productos que vendían. Los seis bajamos y visitamos los alrededores de la ciudad, y aunque se acercaban taxistas ofreciendo llevarnos a las pirámides de Guiza, nuestros padres eligieron rechazar tal oferta. Recuerdo mi madre decir que no quería quedar en tierra. Aunque sí que visitamos el antiguo faro, la mezquita Al-Abbasy y el inmueble donde se encontraba la Autoridad del Canal Suez. Al medio día comimos “madfuna”, “hummus” y “dolmades” en un pequeño restaurante cercano al puerto. Recuerdo que los adultos ordenaron una bandeja de

variados mariscos y aunque Elena intento hacerme comer el marisco que a ella le encantaba, yo preferí los “dolmades”.

Al día siguiente mucho después de desayunar empezó nuestra travesía del Canal de Suez y las lecciones de historia con explicaciones por parte de Juan relatando la construcción del canal. Y mientras que Mari y yo le escuchábamos, en el horizonte podíamos ver lo que a la vista parecía una procesión de barcos navegando sobre la arena, íbamos como si fuese en convoy, si no me equivoco el trayecto duro unas 17 o 18 horas. Cuando nos acostamos estábamos navegando por el canal, al despertarme el día siguiente y subir a la cubierta de paseo, vi a buena distancia el puerto de Suez. Aquí empezó nuestra travesía del Mar Rojo hasta entrar en el Golfo de Adén y llegar al puerto de la ciudad de Adén, siendo nuestra tercera escala.

Y aunque el barco atraco en el puerto de Adén, ningún pasajero pudo descender. Mientras organizaron numerosas actividades para asegurarse que los jóvenes estábamos entretenidos, la tripulación reunió a los mayores para aclarar la situación, manteniéndonos a nosotros ignorantes de lo sucedido. Años más tarde mi curiosidad me hizo investigar la razón del no poder desembarcar.⁵

Tardamos un día antes de continuar nuestra travesía. Esta sería la más larga etapa del viaje, hasta llegar a Fremantle. Fue durante esta fase del viaje que aprendí lo que podía ser la furia de la naturaleza. Se declaró una tormenta con unas olas que para mí eran gigantescas. Creo que era el segundo día, Mari y yo sacamos a mi madre a dar un paseo por una de las cubiertas que ya

5. Unos días antes de llegar nosotros a dicha ciudad hubo un revuelo en el aeropuerto falleciendo varias personas, esta agitación formó parte de una insurgencia contra el dominio británico.

Un segundo éxodo

habíamos nosotros recorrido con anticipo, y sabíamos con precisión donde caía el agua cuando la ola pegaba contra el lado del barco. Mi madre tuvo que bajar al camarote, ducharse y cambiarse de ropa. Esa fue la última vez que mi madre aceptó dar un paseo por algunas de las cubiertas con nosotros cuando el mar estaba algo bravo.

Elena se puso bastante enferma por causa del temporal que duro unos cuatro días, uniéndose a ella, mi madre también sufrió las consecuencias del movimiento del barco, y el tercero en caer fue mi padre. El único que sobrevivió la tormenta fue Juan siendo él quien tuvo que cuidar de Mari y de mí. Pensándolo bien, creo que aquí se inició la razón de ponerle el apodo de “patitas de marinero”, solamente se mareó cruzando el Estrecho de Gibraltar. Cuando íbamos al comedor que estaba medio vacío, éramos testigos de numerosas escenas que parecían ser de una película de comedia. Los camareros lo pasaron muy mal, en muchas ocasiones perdían el balance de las bandejas que traían, con la comida cayendo al suelo. Una vez puesto los platos que sobrevivían sobre las mesas, estos se movían de un lado al otro y a veces también llegaban al suelo.

Llevábamos varios días, que cuando subíamos a dar un paseo por algunas de las cubiertas lo único que se veía era el mar, a veces un azul claro y otras veces bastante oscuro, de vez en cuando se veían no muy distanciado del barco lo que nosotros asumimos eran delfines. Una de las mañanas, mientras desayunando en el comedor anunciaron que esa tarde se celebraría en la piscina la fiesta de Neptuno al cruzar el Ecuador y que después se entregarían en el comedor obsequios, golosinas y chocolate caliente para los jóvenes. Todo el mundo estaba invitado. Fue una experiencia muy bonita, al cruzar el Ecuador, el barco decorado con banderitas de todo los colores y globos

Un segundo éxodo

sonaba su sirena, todo el mundo cantando y bailando, Mari y yo nos lo pasamos de maravilla.

Unos días después de esa grandiosa fiesta, Elena le pidió a uno de los camareros si era posible que la cocina nos preparara arroz con leche, vaya sorpresa que nos llevamos, ese arroz estaba más malo, que ninguno de nosotros pudimos comerlo.⁶

Nuestra travesía por alta mar después de cruzar el Ecuador -*si bien recuerdo*- duro unas tres semanas y aparentemente -*según los camareros*- tuvimos suerte que no sufrimos otra tempestad. Durante la cena informaron que al día siguiente estaríamos en Fremantle y que todo pasajero debía traer su pasaporte cuando viniese a desayunar. Estarían los empleados gubernativos del Departamento de Emigración Australiano. Nos despedimos de varias familias con quien hicimos amistad, ellos desembarcarían, llegaron a su destino.

Finalmente el puerto de Fremantle, siendo para nosotros el primer puerto de escala en nuestro nuevo país de acogida. A qué hora llegamos al puerto no estoy seguro, era el 12 de octubre 1965 y nosotros con nuestros pasaportes en mano íbamos a desayunar. En el comedor habían varias mesas con los representantes de Emigración, y una cola de personas esperando delante de cada mesa. Los oficiales de emigración expresando en voz algo alta con un puntito de arrogancia,

-“only people disembarking in Fremantle”.

Por suerte varios camareros tradujeron las instrucciones “solamente las personas destinadas a Fremantle”, clarificando

6. Recuerdo que nos desquitamos del antojo una vez establecidos en nuestras casitas de “Vinton” en Melbourne, un banquete de arroz con leche preparado por Elena.

que todos tendríamos que tener los pasaportes revisados y que nuestro turno no sería hasta después del mediodía.

Este siendo nuestro primer encuentro y choque, nos dimos cuenta que no comprendíamos ni una palabra de inglés, pero también que existía un nivel de despotismo y de superioridad hacia el emigrante por parte de las autoridades. (*Varios años más tarde recordando el momento, llegué a la conclusión que fuimos tratado como ganado*).

Una vez acabada esta revisión de documentos y confirmación de visado autorizando residencia permanente en el país, nos informaron que si deseábamos, podíamos visitar la ciudad. Juan propuso de hacerlo. Eran las 3 y algo de la tarde, los seis dispuestos a conocer esta ciudad donde se detenía todo barco de emigrantes venidos de Europa, ciudad que era el puente con el resto del país.

Habíamos amarrado en el muelle de “Victoria Quay”, al descender por un pasillo suspendido entramos en la Terminal de Pasajeros de Fremantle donde nuevamente tuvimos que presentar nuestros pasaportes a oficiales de Aduana, que también nos dieron un pequeño mapa de guía de los alrededores del puerto, indicando que teníamos que estar de vuelta antes de la 11 de la noche.

Contrario a todas las otras ciudades que visitamos en el curso de nuestro viaje, Fremantle se mostró ser un desengaño. Nosotros acostumbrados a un murmullo de gente cuando salíamos a pasear por Casablanca, nos creímos que estábamos en una ciudad fantasma. Todos los negocios estaban cerrados, solamente un pequeño estanquillo estaba abierto. Al entrar para comprar algún chocolate que a Mari y a mí se nos antojó, intentamos comunicar

usando palabras en francés y señales de mano, el hombre detrás del mostrador nos contestó,

-“I beg your pardon”⁷

Para nosotros parecía que este señor nos habló teniendo gachas en la boca, mala interpretación por nuestra parte, resultó que ese era el cerrado acento Australiano. Después de repetir la palabra chocolate varias veces en francés articulando cada sílaba muy despacito, el hombre nos dio un bloque de “Cadbury Milk Chocolate”, y nos dijo,

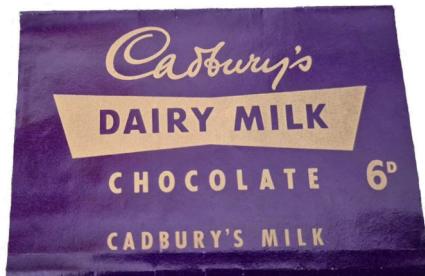
-“six pence”.⁸

Sacando de su bolsillo un puñado de monedas, y abriendo la mano con la colección de monedas en el centro de su palma, mi padre se las enseñó al buen hombre indicándole que cogiera lo que fuese. Hasta el día de hoy mantengo que este señor fue honesto, porque simplemente cogió una de las pequeñas monedas.⁹ Después de un rápido recorrido por los alrededores, retornamos al barco sobre las 6 y algo de la tarde. Mi padre

7. Expresión regularmente utilizada por los angloparlantes cuando no entienden lo que uno dice o deseen hacerte la vida un poco difícil. Mi padre comprendió -pico pan-, a cual comentó “que no queremos ni pico, ni pan, escucha lo que estamos diciendo”

8. La moneda utilizada en aquellos días era el sistema imperial, la libra australiana, el florín, el chelín y el penique. En febrero de 1966 Australia cambio al sistema decimal introduciendo el dólar australiano.

9. Una vez acomodados en nuestras casas e iniciar contacto con otros emigrantes españoles, escuchamos numerosos relatos, donde algunos dueños de estos pequeños negocios de Fremantle se aprovecharon de la inocencia y buena voluntad de muchos emigrantes.



comentando, “hemos llegado a punto de caramelo”, refiriéndose a que habíamos llegado a la hora apropiada para cenar.

Al día siguiente, desde las ventanas del comedor, pudimos apreciar que estábamos en plena mar. Empezamos la última etapa de nuestro largo viaje, para mis padres su segundo destierro, para mí, en mi inocencia de juventud, una aventura hacia un nuevo país alejándome de muchos amigos y distanciándome aun más de la familia que solamente conocía a través de cartas. Tuvimos que rodear el extremo suroeste del continente antes de entrar en la Gran Bahía Australiana. Uno de los camareros recomendó a Elena y a mi madre que fuesen a la enfermería y le pidiesen al médico unas pastillas para aliviar el mareo, porque la travesía hasta llegar a Melbourne siempre era bastante mala. Sería una hora después de almorzar, el cielo empezó a oscurecer, comenzó a llover y el viento a soplar, la mar empezó a ponerse bastante brava, causando un trastorno de movimiento cuchareo con el barco que duró dos días. Al despertar el viernes parecía que la tormenta que vivimos durante los últimos dos días jamás ocurrió, y tuvimos suerte, durante el resto del viaje la mar se mantuvo muy serena.

La mayoría de los pasajeros desembarcarían en Melbourne. Al terminar esa “última cena” se notaba en el comedor algo de tristeza y a la vez alegría, era la última noche que pasaríamos junto. Durante el curso del viaje se fue desarrollando entre los pasajeros un ambiente de solidaridad y apoyo. Nadie sabía cómo sería el futuro en este nuevo país. Espontáneamente un hombre se levantó y empezó a cantar una de las canciones folclóricas italianas “*O sole mio*”, uniéndose a él un buen número de pasajeros formando un coro impresionante. Y así, muchas otras personas fueron tomando su turno cantando canciones tradicionales de sus países. Hasta mi padre se levantó e intento de

Un segundo éxodo

interpretar la canción de Juanito Valderrama “*el emigrante*”, que lamentablemente masacró porque el pobre no sabía cantar. Varios de los otros españoles se unieron a él, aunque me di cuenta que la letra era algo diferente entre lo que los otros cantaban y lo que mi padre intentaba de cantar. Muchos años más tarde, no recuerdo como fue, mi padre me recitó la letra, yo la transcribí y la guardé.

Versión de “el emigrante”, con la letra cambiada. Ignoro quien pudo haber echo estos cambios.

Llevo conmigo una foto
de mi mare y familia
para que pueda besarla
cuando este lejos de aquí

Sobre sus calles divinas
La Lameda y el Perche
soñare todas las noches
de vosotros que estáis allí

Adiós mi españa queria
dentro de mi alma
te llevo metía
aunque soy un desterrao
jamás en la vía
yo podre olviarte

Cuando salí de mi tierra
volví la cara llorando
porque lo que más quería
atrás me lo iba dejando
llevaba por acompañante
una foto de mi familia
un recuerdo y una pena
y sobrinos sin conocer

Adiós mi españa queria
dentro de mi alma
te llevo metía
aunque soy un desterrao
jamás en la vía
yo podre olviarte

Con mi tierra y mi novia
y mi buenesita madre
y mis recuerdos de tantos
yo me quisiera morir

Siguiendo la interpretación artística por parte de mi padre, entraron en el comedor dos de los jóvenes que formaban parte del grupo de refugiados Rusos, cada uno portando un instrumento musical, que yo supuse eran, un mandolín y un acordeón, se sentaron y empezaron a tocar. El comedor entero, en completo silencio, todos escuchando esas maravillosas melodías. Juan que era un aficionado músico -era él quien daba las clases de solfeo en la “Asociación Cultural Armonía” en Casablanca- nos clarificó que los instrumentos eran un *domra* y un *garmonika*, nombre de instrumento musicales que jamás he olvidado. Entre numerosas piezas musicales que estos dos muchachos interpretaron cada cual más bella, dos de ellas, *Kalinka* y *Ochi Chernye* (*Ojos negros*) han permanecido conmigo todos estos años. Poco a poco los pasajeros empezaron a despedirse, cada familia retornando a sus respectivos camarotes, en los cuales dormiríamos por última vez.

Al día siguiente, 17 de octubre 1965, mientras desayunando, el barco entró en la Bahía de Port Phillip. Era domingo, hacia un poquito de fresco, un cielo azul, sin una nube, la bahía completamente calma. A las dos horas amarramos en el muelle de “Station Pier” en el puerto de Melbourne. Llegamos a nuestra meta.

Desde la cubierta, que estaba llena de pasajeros con ojos de curiosidad, podíamos apreciar que el muelle también estaba llenito de personas, esperando poder reencontrarse con sus familias. Escuchábamos el grito de los nombres *Angelo, Luigi, Dimitri, Stavro, Paveuco, Ivanovich...* veíamos infinidades de abrazos o besos lanzados al aire, momentos lleno de emociones, algunas caras llorando otras riendo. Uno de los oficiales del barco informó a nuestros padres de recoger nuestras maletas y equipaje, y dirigirnos al comedor donde vendrían a encontrarnos dos

representantes del Departamento de Emigración. No estuvimos esperando mucho tiempo, llegaron dos señores vestidos con traje y corbata, identificándose, nos indicaron que los siguiéramos. Trajeron con ellos un carrito para poner nuestras maletas -que Mari y yo empujamos-, pasamos por la aduana donde nuevamente revisaron nuestros pasaportes, con un van y ven de nuestros credenciales entre ellos, asiendo numerosas llamadas telefónicas, hasta que finalmente nos pidieron de abrir las maletas revisando todo lo que llevábamos en ellas.

Una vez completada la examinación de nuestra documentación y supongo satisfechos de que no traíamos nada ilegal, nos llevaron a otra sala donde nos estaban esperando los representantes de las Naciones Unidas. Eran, el Señor Murphy, y como intérprete de inglés y español la Señora Simms. Nos dieron la bienvenida, explicando que nos llevarían a nuestras casas. En el muelle se encontraban numerosos autobuses, andando hacia donde estaban estacionados, se encontraba entre medio un pequeño autobús blanco del cual descendió un señor siendo el conductor, guardándonos las maletas que traímos. Aún resuenan en mi cabeza las palabras pronunciadas por mi padre antes de subir en el autobús,

-ya veremos cuanto tiempo permaneceremos por estas tierras-.¹⁰

A mi criterio, tardamos una eternidad -una hora y media- en llegar a la localidad de lo que fue nuestro domicilio para los próximos 30 meses, las casitas unidas de “Vinton” en la St

10. El pobre jamás retorno a las tierras que le vieron nacer. Durante 59 años de exilio mantuvo sus ideales y su rebeldía, con un empacho de infinidades de luchas, penalidades, castigos y desengaños. Llevando con él, la tristeza colectiva de los refugiados españoles esparcidos por el mundo que aspiraban y buscaban el camino del retorno.

Georges Road, Preston.¹¹ A nosotros nos tocó la casita número 3 y a Juan y su familia la 6.

Al día siguiente Mari y yo empezamos nuestra escuela que solamente consistía de clases intensivas de inglés, esto duro hasta finales de diciembre cuando termino el año escolar.¹² Cuando retornamos esa tarde, habían llegado los baúles y las maletas que empaquetamos en Casablanca.

A la semana Juan y mi padre empezaron sus primeros empleos en Australia, Juan en una fundición, mi padre en el matadero de Footscray. A la siguiente semana Elena y mi madre también empezaron a trabajar. Elena, no recuerdo donde fue, mi madre estrenó su vida laboral en Australia en la lavandería del Hospital de St Vincent, planchando los hábitos de las monjas.

Así iniciaron nuestras vidas en este nuevo país de acogida, en el cual, de vez en cuando se nos dirigían las expresiones de “*fucking wog*”, “*go back to your own country*” y tantas más indignaciones y humillaciones, sin embargo, tomando en consideración toda esta negatividad no puedo dejar de reconocer que de una u otra manera fuimos afortunados. No sufrimos las dificultades enfrentadas por mucha de la emigración económica española, alojados en diversos campamentos de emigrantes por todo el país, distanciados de las principales ciudades y capitales

11. Las casitas unidas de “Vinton”, aunque pequeñitas, eran todo lo que necesitábamos para empezar una nueva etapa de nuestro exilio. En total habían nueve casitas, todas eran iguales: dos dormitorios, un saloncito pequeñísimo con una mesa de comer en el centro, una cocina pequeña pero muy bien acomodada con nevera, cocinera y horno eléctrico, bañera ducha, y como lujo, un váter dentro de la casa. En aquellos tiempos por la barriada de Preston la mayoría de las casas tenían las letrinas por fuera de la casa al fondo del jardín trasero.

12. En febrero de 1966 reiniciamos y continuamos con nuestra respectiva educación secundaria.

Un segundo éxodo

de cada región. Y luego, enviados a trabajar en las campañas de caña de azúcar, el tabaco, en la construcción de vías de ferrocarril en la Australia Occidental o el centro de Australia, mientras otros terminaron en los diversos proyectos de hidroelectricidad.¹³



(13) La mayoría de la emigración española, -inicialmente los solteros que llegaron con la Operación Canguro, la Operación Eucalipto, la Operación Emú, como lo fue el vuelo de las novias, seguido por las numerosas familias que emprendieron dicha aventura en busca de mejora económica- siguieron los mismos pasos.

